
André Coyné

Después de morir Moro, en el Instituto de Enfermedades Neoplásicas, con su hermano Carlos Quíspez Asín, el pintor, fuimos a la casa que ocupaba en la Bajada de los Baños de Barranco, para vaciarla y devolverla al dueño. Revisando todo lo que había en ella, Carlos me dijo: “Yo me voy a llevar cuadros, muebles, objetos, etc., pero, de ninguna manera me puedo encargar útilmente del contenido de los tres cajones de esa cómoda”, mostrándome una de las dos cómodas que Moro había comprado en la venta de los muebles decimonónicos del antiguo hotel Maury, en su tiempo el hotel más prestigioso de Lima, el cual decidió, en los años cincuenta, renovarse totalmente y deshacerse de todo su material del siglo XIX.

Efectivamente los tres cajones de dicha cómoda estaban llenos de papeles, dibujos, etc. de toda una existencia, la mayoría de ellos no ordenados y simplemente acumulados. Carlos no dominaba el francés, menos el francés autógrafo de su hermano y agregó dirigiéndose a mí: “Si tú no te llevas todo esto, no me queda más remedio que quemarlo”. Desde luego yo llevé a mi departamento, por más exiguo que fuese, la masa del material contenido en la cómoda y, en cuanto pude, empecé a enterarme de sus diversos aspectos y a clasificar el conjunto en consecuencia de ellos. Yo conocía la copia mecanográfica, o mejor dicho, las dos copias, que Moro me había enseñado de *La tortuga ecuestre*, el libro que no había podido publicar en México.

Me pareció que lo más urgente, para que no quedara en la historia de la poesía peruana como “poeta sin poemas”, era publicar *La tortuga ecuestre* con todos los poemas sueltos en español que pudiera encontrar. Para preparar esa edición, en papel periódico como todo lo que publicaba entonces en Lima, me beneficié,

de todos modos, de la ayuda de sus amigos, que compraron la mayoría de los pasteles de 1954-1955, que expusimos con Fernando de Szyzlo en el Instituto de Arte Contemporáneo de Lima en agosto de 1956.¹ En segundo lugar, intenté reunir todas las prosas, notas y artículos, en español, que Moro había dado a conocer por medio de revistas como *El Hijo Pródigo*, *Las Moradas*, etc., incluyendo la única conferencia que dio en su vida, cuando yo organicé un homenaje a Marcel Proust, en el 30° aniversario de su muerte, en la Universidad Nacional de San Marcos. Una vez reunido el legado, hablé con Federico Schwab, que había sido íntimo de Moro y quien, entre otras cosas, dirigía el *Boletín Bibliográfico de San Marcos*. Aceptó publicar, en dicho *Boletín*, *Prosas de César Moro reunidas por André Coyné*, lo que me permitió sacar una separata de unos 50 ejemplares que publiqué bajo el título *Los anteojos de azufre*. Fue mediante esas dos ediciones –la de *La tortuga...* y las de *Los anteojos...*– como Moro empezó a ser reconocido en el medio literario de habla hispana en América, reconocimiento que tomó mayor amplitud cuando Julio Ortega dio a conocer *La tortuga ecuestre y otros textos* en la prestigiosa editorial Monte Ávila de Caracas en 1976, veinte años después de la muerte de Moro.

Mientras tanto, casi paralelamente a las ediciones de *La tortuga...* y *Los anteojos...*, en un viaje a Francia gracias a Séguré y Bernard Noël (este último se convertiría en uno de los poetas mayores de su generación) pude editar los poemas de Moro correspondiendo a su definitivo regreso a Lima, 1948-1955, es decir, un poemario, *Amour à mort*, y una serie, bastante numerosa, de poemas sueltos y sentencias poéticas² que era lo que yo mejor conocía de su obra, pues fui testigo de su escritura. Esa edición, a cargo de Le Cheval Marin (editorial inventada por nosotros), ha sido retomada ya en una colección de poesía, la Collection Orphée de la editorial La Différence con otro prólogo mío y una breve biografía en 1990.

Del resto de los poemas de Moro, me di cuenta de que había una colección escrita en México poco después de *Le château de grisou* y que había quedado inédita: *Pierre de soleils*, de la que existía una copia mecanografiada. También encontré un cuaderno escolar caligrafiado por Moro, sin título pero con una dedicatoria a André Breton y Paul Éluard “con la admiración sin fin / de CÉSAR MORO” fechada en 1936 con una selección de poemas escritos entre París y Lima. De esos poemas

¹ Entre los poemas en español había uno que no se distinguía de los demás, y que no me di cuenta de que no era de Moro sino una traducción hecha por Moro de Benjamin Péret, lo cual averigüé más tarde. Se trata del poema titulado “Parpadeo”, p. 59 de la edición.

² En los años cincuenta, en Lima, Moro escribía las secuencias de sus sentencias en un cuaderno especial, separadas cada una por un trazo horizontal, por ejemplo, desde “Il faut porter ses vices [...]” hasta “Il faudrait avoir mille vies par jour et les inmolera de temps en temps”, p. 578 de nuestra edición. Entre estas series figuraba una que en nada se distinguía de las demás y que, por eso, inserté en la edición de *Amour à mort* de Le Cheval Marin (pp. 46-47), hasta que alguien me hizo notar que no eran sentencias de Moro sino de Pierre Reverdy, extraídas de *Le livre de mon bord*, París, Mercure de France, 1948.

existía también una versión mecanografiada, con la misma dedicatoria pero fechada ya en 1938, pues la selección había sido ampliada con poemas más recientes que los de la primera versión. Son esos poemas que por iniciativa de Javier Ruiz publicamos en Madrid, en 1987, en edición bilingüe, siendo la traducción en español del joven peruano Armando Rojas, quien falleció repentinamente antes de ver el libro titulado *Ces poèmes... / Estos poemas...*, Ediciones La Misma, Col. Libros Maina.

Sobre cuadernos para dibujos, Moro había escrito también un pequeño poemario titulado “Archipel”, versos y dibujos, que el lector encontrará reproducido en facsímil en el presente volumen. Igualmente en un cuaderno de formato mayor de marca *Raphael*, otro conjunto formado de versos-*collage* y poemas coloreados, que igualmente reproducimos en esta edición.

En un cuaderno escolar peruano de 1934 figuraba bajo el título *Couleur de bas - Rêves Tête de nègre*, una serie de poemas que se iban deshaciendo a medida, pasando de la pluma al lápiz y acabando con una enumeración a partir de la palabra “nuit” escrita cada vez más grande.

Falta señalar otro cuaderno, ése de tamaño más grande (que los escolares), que contenía notas fechadas como un diario de 1934 a 1936, es decir, cuando Moro se encontraba en Lima de vuelta de París antes de viajar a México.

Todo lo demás, a veces en cuadernos escolares, a veces en hojas sueltas, siempre escrito a mano, constituía secuencias de poemas sueltos (si dejamos de lado los primeros poemas de 1928-1929, de un interés secundario): *Poèmes (1932-1937)*, *Poemas (1938-1947)* y para el período mexicano, una serie también de *prosas y poéticas* y de principios de *diálogos*.

Ha sido lo más difícil de desentrañar por la letra de primera mano y por la ortografía muchas veces deficientes, que hemos tomado el partido de normalizar, ya que Moro seguramente hubiera encarado esa normalización en caso de poder publicarlos, como lo he señalado anteriormente.³

[2003]

³ Cuando se realizó en el año 2000 la exposición de la obra plástica de Moro titulada *Con los anteojos de azufre* en el Centro Cultural de España en Lima, un tal Jon Iratzi (nombre que huele a seudónimo) se sintió obligado a difundir por Internet una “Nota de prensa-urgente” presentándose como amigo íntimo de César Moro durante los años 1949-1955, “época pequeña” en que aquel farfante hubiera vivido en Lima sin que ninguno de los que frecuentaban a Moro hubiera topado con él. Con motivo de esa “amistad”, publica un poema supuestamente inédito de Moro titulado “Cadáver de antílope al filo de la espalda de la noche”, una letanía “inconclusa” en que cada versículo empieza por “Mi cadáver...”. La palabra “cadáver” puede aparecer de lejos en lejos en la poesía de Moro, pero nunca Moro hubiera repetido a lo largo de todo un poema “Mi cadáver [...] / Mi cadáver [...]”; etc. Fuera de eso, el poema se inspira en imágenes y expresiones de tipo moresco; pero eso no basta para hacer de él una obra auténtica del autor de *La tortuga ecuestre*. La reiteración del “cadáver” sería más bien vallejiana y así el apócrifo resultaría una mezcla de Vallejo y Moro.